

Donde el lector descubrirá en Zapata mas nobleza que en Zancadilla, mas valor que en Jorge Villadiego, y mas astucia que en Negromonte.

PENSÓ primero Zapata en decírselo todo á Rodrigo de Paz; pero halló mejor decírselo á la misma Isabel, para que ella le indicara lo que debia hacerse.

Cerró su cuarto, cruzó rápidamente la huerta, y fué á llamar á la habitacion de la jóven.

Esta se hallaba con Juanita, bordando uno de esos preciosos lienzos, cuyas flores, formadas con plumas de colibrí, causaban tanta admiracion en Europa.

Juana, entregada á la inquietud secreta del que espera los grandes sucesos que él mismo ha preparado, no miraba sobre las labores del lienzo sino la negrura de la media noche, la soledad del jardin, y el rostro feroz de D. Gaspar, asomando como la víbora entre el ramaje.

Isabel tenia en la frente otra imágen—Tetzahuitl—Tetzahuitl meciéndose en el espacio azul sobre nubes de oro. Pero tras de aquella ilusion miraba un horizonte donde

aparecian encabritándose los corceles y las banderas tremolando, y brillando con el sol los cascos y las picas de un grupo de guerreros que avanzaba dando alaridos de triunfo, y lanzando el nombre de Cortés en el eco de los clarines. Allí, entre los remolinos de polvo, aparecia Dorantes..... Entonces los rumores callaban, los guerreros se hundian; el sol rodaba tras del monte; un espeso cortinaje de bruma caia de los cielos, extendiéndose por toda la inmensidad, se estremecia, ondulaba, remedaba los tumbos del rayo y los gritos del pueblo, y oprimia entre sus arrugas y arrebatava en su corriente, un bergantin, donde Isabel se contemplaba con Dorantes huyendo para siempre á las remotas playas del Viejo Mundo.

De aquí el tinte melancólico que se extendia por su semblante; por sus largas pestañas, inclinadas sobre el dechado, parecia temblar una lágrima y desbordarse la mirada triste que al partir hubiera clavado sobre las cumbres azuladas de América, hundidas para siempre tras de las ondas.

Cada dia era para Isabel un paso al desenlace que la amedrentaba. La venida de Dorantes era una idea que procuraba disipar para no adelantarse al sufrimiento.

—El dia que torne,—se habia dicho,—me traerá la noticia de la partida, y será fuerza renunciar á este amor que es un sueño..... y yo moriré entonces. Soñemos mientras llega el momento.

De aquí tambien la calma de Isabel, semejante á la de esos enfermos que, devorados por un mal irremediable, se tienden tranquilos en su lecho para esperar la muerte. Abandonó como inútiles ciertas lecturas donde aprendia el idioma de Dorantes, y se entregó al trabajo de enseñar á Juanita el bordado, con ánimo, decia, de dejar á la jóven

un recurso para sustentarse cuando perdiese el apoyo de sus padres. Isabel le daba su lección, como le hubiera dado un rizo de sus cabellos, humedecido con el lloro de una separación eterna.

Aquella lección era generalmente silenciosa. Reducíase al ejemplo, y solo de cuando en cuando se establecía un diálogo corto, para pedir y dar ligeras explicaciones.

Dos golpecillos dados en la puerta hicieron levantar del dechado la cabeza de las dos jóvenes.

—Adelante!—dijo Isabel.

Zapata apareció trayendo entre sus cejas el pliegue de la indignación, y respirando con la doble fatiga de la emoción y de la carrera. Volvió á cerrar, adelantó unos pasos, y viendo alternativamente á su hija y á Isabel, dijo á la última:

—No estais sola.....

—¿Qué me queréis?

—Deseo hablaros de un asunto..... replicó Zapata; después, volviéndose á Juana, añadió: vete.

Una rara sospecha pasó por la mente de Juana. ¿Su padre había sabido alguna cosa? Enderezóse lentamente y salió paso á paso, no sin volverse varias veces para buscar en los ademanes de Zapata un signo que pudiera indicar si eran fundadas sus sospechas. Nada le fué posible descubrir, y se alejó disimulando su inquietud y dispuesta á ponerse en acecho para recoger aunque fuese una sola palabra. Cuando Isabel vió que Juanita había desaparecido, hizo á Zapata una señal para que se acercase.

—Decíais..... murmuró.

—Digo, señora, que os pongais en salvo; porque un hombre poderoso, un hombre sin escrúpulos, un hombre ca-

paz de todas las maldades, y que abriga por vos un impuro deseo, trata de arrebatáros de vuestro hogar..... y esta noche..... y..... lo hará, señora, lo hará si no ponemos coto á sus perversas maquinaciones.

Isabel, demudada, se puso en pié; se acercó á Zapata, y tomándole por una mano, le preguntó palpitante de susto:

—Y quién es ese hombre?

—Chirinos!

—Chirinos?.....

—Sí, señora; el mismo.....

—Dios mio! si ese hombre me ha inspirado siempre un terror mortal..... y qué..... qué sabeis..... quién os ha dicho.....

—El mismo, señora; él mismo me ha hablado esta mañana..... mirad, todavía traigo aquí algunos ducados..... me dió muchos, me prometió mas..... y, perdonadme; yo, deslumbrado con el brillo de sus promesas, y creyendo que amábais á ese hombre, había consentido en ser uno de sus cómplices.....

—Vos?..... —preguntó Isabel con cierta amargura.

—Sí..... pero os debo mercedes, recibo el pan de vuestra mano, sois mi amparo, sois la madre de mi hija..... y mi gratitud, señora, me habla mas alto que todos los tesoros de América; pero sé que el factor, si no obra por astucia, obrará por violencia y trastornará la tierra por llevar al cabo sus proyectos. Yo soy impotente para luchar con él..... pero os ofrezco caer á vuestros piés, antes de permitir que se os toque un cabello.

—Oh, Zapata!—exclamó Isabel;—no quiera el cielo que os expongais á perecer inútilmente. Os prohibo echar mano de la espada.

—Pero, señora, mientras os mire abandonada..... vos no teneis sino amigos viles, cobardes, que os venderian por ganarse el afecto de Chirinos, y que os miran con el desprecio que á toda vuestra desdichada raza....

—Es cierto.....

—Ah!..... me olvidaba..... teneis un padrino.....

—No, la presencia continua de D. Gaspar de Mendoza en la casa de Rodrigo de Paz, me impide acogerme en ese asilo.

—¿Y qué tiene.....

—Ah! Gaspar de Mendoza..... si supiérais.....

—Qué! tambien.....

Isabel bajó los ojos ruborizándose, y exclamó estrechando la mano de Zapata:

—Sí, tambien abriga el mismo fuego que Pero Almindes, y me dice las mismas palabras, y tiene en los ojos el mismo rayo impuro y amenazante.

—Por mi madre! conque tambien Mendoza!

—Me veo sola entre esos dos hombres, lejos de D. Hernando y abandonada entre esta turba de los españoles, que verán mi desgracia con la indiferencia que la de tantas como han sido víctimas de sus brutales instintos..... Ha mucho tiempo que temia lo que acabais de decirme..... y lo esperaba. Puedo disponer de un recurso supremo..... pero no tengo la fuerza, el alma insensible que se necesita para ponerle en práctica.....

—Hablad, señora..... yo sí me siento con toda la energía que puede haber en el espíritu de un cualquiera. Yo haré lo que os impide hacer vuestra debilidad de niña.

—Sabed,—continuó Isabel mas animada,—que entre esa multitud que huellan los corceles y dan sangre á las

lanzas de los conquistadores, tengo hermanos que reservan su brazo para protegerme, y que á mi voz se levantan poniendo un muro de macanas entre la débil hija Axayacatl y las legiones de Pero Almindes ó de Mendoza. Pero es imposible..... yo volaria libre por ignoradas regiones, mas llevando sobre el corazon la flor negra de la muerte y la amargura de una eterna tristeza. Mis hermanos caerian, y me perseguirian siempre sus lamentos y el silbido horrendo con que el bronce atravesara sus senos desnudos. Yo llegaria, es cierto, adonde se abre llena de luz la mansion de mi soñada libertad; pero tendria que volar sobre cadáveres, y en vez de presentarme contenta y pura, llegaria cabizbaja, y arrastrando empapadas en sangre las puntas de mi clámide.....

Zapata se quedó pensativo. A fin de cuentas venia á ser el único paladion de la jóven. Rodrigo de Paz no servia. Estrada y los suyos eran conocidos por su aversion á todo lo que era de D. Hernando, y principalmente por el alto desprecio con que miraban á los indios. Salazar..... ni pensarlo. ¿Habia un asilo que no pudiera descubrir y violar Pero Almindes? Sin embargo, era posible valerse de un medio que por el pronto aplazaria la ejecucion del plan de Chirinos.

—Decís,—preguntó Zapata,—que os ama tambien D. Gaspar de Mendoza?

—Sí.....

—Y habeis dicho que su amor tiene el mismo carácter que el de Chirinos?

—Sí.....

—Tendríais el valor... decidlo, os lo suplico, de mostrar un pocomenos de severidad con Mendoza, y yo prometo salvaros.

—Zapata!.....

—Mirad que se trata solamente de una sonrisa..... cualquier cosa..... un ligero engaño que nos puede servir de mucho.

—Bien?.....

—Pues bien, señora; si el factor es un animal salvaje, D. Gaspar es el mismo Satanás en persona. Pongámosle al corriente de todo; y él, animado con lo que os digo, será el guardian mas cumplido de vuestra honra y de vuestro reposo.

—Zapata, me pedís un engaño.....

—Un engaño que no afrenta, un engaño que en estos momentos es la vida.

—Mirad..... no es eso..... pero evitaríamos un escollo para caer en otro. Mendoza iria mas allá de lo que os figurais, si yo animase sus pretensiones. Un conflicto con Pero Alminde llevaria el escándalo por todo el reino. Mendoza se gloriaria en público de ser el preferido; y sabeis que una palabra de esas puede acarrearle mil desdichas. Mendoza cobraría siempre, y aun exigiria la deuda que yo contrajera con él, enviándole, como decís vos, una de mis sonrisas.

—Permitidme que os hable en un lenguaje completamente extraño á la tierna virginidad de vuestro espíritu. La mujer tiene dos especies de fuerza, igualmente poderosas: su enojo y su cariño. La primera nos rechaza, y la segunda nos atrae; una nos pone miedo, y la otra nos alienta; pero ninguna de esas fuerzas produce su efecto cuando se manifiesta aislada. Mostrad á un hombre todo el tesoro de vuestro afecto, y apenas os hará el favor de dejarse acariciar, y estará indiferente y frio; mostradle exclusivamente vuestro enojo, y no lograreis sino aumentar

su empeño en quereros y en perseguiros con sus importunas sollicitaciones, y á veces con su odio. Pero reunid ambas fuerzas, y tendreis una sola, que como la brida, sujetará al corcel por los hocicos y le llevará por donde os diere la gana. La combinacion lo hace todo. Que sientan, si son atrevidos, la severidad tras la dulzura; que sientan, si son dóciles, la esperanza tras un fugaz desconsuelo; que sepan que si os disgustan lo mas mínimo, sereis inflexible; y que si se resignan al sufrimiento, obtendrán el perdon y la gloria; y vereis cómo sin desdenes que los maten á ellos, ni favores que os arruinen á vosotras, lograis tenerlos siempre amantes y con sombrero en mano, á una distancia respetuosa.

Ahora, deseais alejarlos un poco mas, porque teneis recelo, que aparezca una ligera arruga entre vuestras cejas: quereis acercarlos un poco mas porque os causan lástima, que la extremidad de vuestros labios se levante un poco y asome la sonrisa hechicera que imploro de vos para Mendoza.

Isabel escuchaba con cierta admiracion las teorías del arte desarrolladas por Zapata con la circunspeccion de un catedrático de teología.

—Así,—continuó Zapata,—no os pido nada que pueda comprometeros. Bastará crear una vaga esperanza que, sin alentar á Mendoza hasta el punto de cometer una falta, le hará mas apacible con vos, señora; y mas vigilante y mas terrible con Pero Alminde.

—Oh! me da miedo pensarlo..... si Mendoza llegase á adivinar que le engaño.....

—Quiá! los hombres en estas circunstancias, cuando ven lo imposible, no creen que los engañan, sino que ellos se

han engañado. Cuando una mujer mas hábil que ellos les dice despues de haberlos animado: «Caballero, por quién me tomáis? ¿sois, por ventura, tan satisfecho de vos mismo, y me creéis tan liviana, que tomáis por amor las muestras de una amistad franca y sencilla?.....» Entónces piden perdon ó se desesperan; pero salen corridos y se esconden quién sabe adónde.

—No me atrevo.....

—Pero urge el tiempo, señora.

—¿No os dije que una riña entre Mendoza y Chirinos provocaría un alboroto cuya causa todos la adivinarian?

—Sea; mas no por eso lograreis evitar que se alce un alboroto; las cosas han llegado al extremo. Chirinos se vale ya de su poder, y está decidido á recurrir á la violencia; su amor se hará público y dejará de ser un secreto para D. Gaspar de Mendoza. Hélos aquí en las circunstancias que ni vos ni ningun poder humano podrá evitar que se realicen. Que se batan hoy ó mañana, qué importa? Creeis que algo nos valga la diferencia de algunas horas?

—Y decís que esta noche?.....

—Sí.....

—Y qué tiempo tenemos entonces para engañar á Mendoza?

—Oh! por hoy nada necesitamos sino revelarle el plan de Chirinos, y hará lo que deseamos. Pero quién responde de vos mañana, cuando desairado y lleno de despecho deje al factor en libertad, para que se encargue de su venganza?

—Ah! Zapata..... en vos confio..... pero.....

—Me afligís, señora..... las horas vuelan, y se compromete vuestro destino.

—Pero si D. Gaspar no acude.....

—Acudiré, señora, os lo juro; conozco la impetuosidad de su carácter, y sé que con el odio que profesa á Chirinos, y con la impunidad que goza como protegido de Estrada, bastará la chispa que yo ponga en su cólera, para que estalle de un modo violento sobre la cabeza del factor.

—Zapata..... no me fascineis con ilusorias esperanzas....

—Señora..... os amo y os respeto, y juro por Dios que os digo la verdad pura..... Mirad: si noto en los ademanes de Mendoza el menor signo contrario á lo que espero, me tendreis de vuelta en el mismo instante, y os llevaré al primer sitio que me ofrezca seguridad por esta noche, mientras dispongo un asilo inviolable. En caso necesario, os defenderé con mi cuerpo, y grato me será exhalar por vos el resto ya inútil de mi existencia.

Los ojos de Isabel se nublaron con una lágrima, y sus manos oprimieron las del soldado.

—Ahora,—continuó este,—si sucede, como es lo natural, que Mendoza se irrite, porque yo procuraré picarle su orgullo de galan y su vanidad de valiente, no me espereis; llevo mi espada, y vendré con gusto entre los fieles de Mendoza para cruzar unos mandobles con los esbirros del factor, en honra y salud y eterna dicha de mi señora.

—El cielo vaya con vos, Zapata, como va mi gratitud y mi afecto;—dijo Isabel oprimiendo de nuevo y con suprema ternura la mano de Zapata. Este se dispuso á salir.

—Adios, señora!..... —dijo tomando la direccion de la puerta;—esperad en Dios Nuestro Señor, y orad por vuestros servidores.

—Adios!.....